

12. LA PLAYA BAJO LA CALLE

Hay unos años sesenta para el gusto de cada cual. Es una era verdaderamente versátil. Hay unos sesenta psicodélicos, unos sesenta provo, unos sesenta cibernéticos, unos sesenta anticoloniales. Hubo la Primavera de Praga. Hubo la rebelión de Watts. Agosto de 1965: la población negra se levanta. Debord: «¿Pero quién ha defendido a los amotinados de Watts en los términos que merecen?». Antes de Watts, hubo Newark, julio de ese mismo año. Ronald Porambo (1939-2006) escribió un libro de primera categoría sobre eso, *No hay causa para la acusación: Una autopsia de Newark (No Cause for Indictment: An Autopsy of Newark, 1971)*.³⁵³ En él Porambo lleva el estilo duro del periodismo americano a extremos delirantes, obsesivos, relacionando hechos, citas y anécdotas para crear un implacable retrato de la implacable opresión en un pueblucho gobernado por lo que Dashiell Hammett solía llamar los polis, los rateros y los grandes ricos.

El libro no fue el éxito que Porambo imaginaba. La América de los 70 prefería el *nuevo periodismo*. El gusto

353. «The Decline and Fall of the Spectacle-Commodity Economy», en Guy Debord, *Sick Planet*, Seagull Books, 2008, p. 5, también en Knabb, *Situationist International Anthology*, p. 195; *Internationale Situationniste*, n.º 10, marzo de 1966, p. 3; Ronald Porambo, *No Cause for Indictment: An Autopsy of Newark*, Melville House, Hoboken, NJ, 2007. Publicado originalmente en 1971.

dominante estaba más por las minucias de las situaciones que por las historias de mala suerte de Porambo. Pero aquí es donde se pone interesante. Como Pierre-François Lacenaire antes que él, Porambo habría preferido un éxito literario, pero, al no conseguirlo, escogió la deshonra de una vida de crimen. No cualquier crimen. Robaba a traficantes de drogas. Un traficante murió en un intento de robo abortado, y una semana después alguien le disparó a Porambo en la cabeza. Arrestado y juzgado por el asesinato, Porambo obtuvo una cadena perpetua en vez del Premio Pulitzer. Murió en prisión. Las autoridades dicen que se atragantó con una naranja. Los actos criminales, como dice Constant, son «la expresión de un deseo frustrado de poder».³⁵⁴

Los situacionistas no escribieron sobre Porambo, o Newark, pero Debord escribió sobre Watts. «La revuelta de Los Ángeles fue una revuelta contra la mercancía», dijo. Así fue, al menos en parte. «Las llamas de Watts consumieron el consumo». El espectáculo, difundiéndose por toda la sociedad, devolviéndole la imagen de la abundancia de cosas, sólo podía aparecer ante la América negra como un cruel recordatorio de la iniquidad. Así como el espectáculo clasifica a sus objetos en orden de deseabilidad, también clasifica a sus sujetos. Sus sujetos negros lo vieron claro: «Exigen la materialización igualitaria del espectáculo americano de la vida cotidiana». Algunos de ellos negaron la mercancía a través del regalo involuntario. Vieron el botín en oferta... y lo saquearon.

354. Wigley, p. 162. Ver *The Memoirs of Lacenaire*, Staples Press, Londres, 1952. El poeta-criminal Lacenaire fue una figura célebre sobre el que escribió todo el mundo, de Dickens a Stendhal. Inspiró el personaje de Raskolnikov. Su leyenda alcanza a los movimientos romántico, surrealista y situacionista. Foucault decidió publicar *I, Pierre Rivière, Having Slaughtered My Mother, My Sister and My Brother: A Case of Parricide in the 19th Century*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1982, en parte para contestar a la leyenda de Lacenaire. Como Porambo, Lacenaire era mucho mejor escritor que criminal.

Hay mucho que falta en el relato de Debord: los treinta muertos, los mil heridos, los cuatro mil arrestos. Tampoco fue consciente de que aquí, a diferencia de Francia, el contexto no es la fuerza, sino la debilidad de la vieja izquierda, del Partido Comunista y su sindicato y las fuerzas de frente popular. La purga roja de los años 50 creó una brecha que los nacionalistas negros llenarían con una teoría y una práctica bastante distintas. Aun así, debió de haber interesado a los situacionistas cuando las posteriores investigaciones ratificaron la sospecha de que, aunque no había líderes en los disturbios, no carecían de organización. Reuniones improvisadas en el parque tras oscuros movimientos coordinados. Salvoconductos emitidos con gestos de la mano, de origen pandillero, permitieron a los saqueadores moverse fuera de su territorio. Las áreas quemadas y saqueadas corresponden a territorios clave de pandillas. Gerald Horne: «La Sublevación de Watts fue descentralizada; fue una sublevación masiva y no organizada en su inicio y concepción».³⁵⁵ Fue un festival lefebvriano, al menos hasta que la policía abrió fuego.

Todo volvió a suceder en 1992: cincuenta muertos, dieciséis mil arrestos. Los vigorosos esfuerzos del estado para impedir que se repitiese fueron revertidos con gasolina y una cerilla. Un erudito lo resume en una declaración del tipo que sólo podrían adorar aquellos que sueñan con estar cerca del proceso político: «Las actuales políticas de encarcelamiento selectivo no son sólo las soluciones más caras, sino también las más contraproducentes a la larga».³⁵⁶ Y volvió a suceder en París, noviembre de 2005.

355. Gerald Horne, *Fire This Time: The Watts Uprising and the 1960s*, Da Capo, Nueva York, 1997, p. 129. Horne lo llama un «potlatch de destrucción entre aquellos a los que se negó el sueño» (p. 15).

356. Janet Abu-Lughod, *Race, Space and Riots*, Oxford University Press, Nueva York, 2007, p. 293.

Los mayores disturbios en París desde Mayo del 68, dijeron los periódicos. Un muerto, tres mil arrestos. Se extendió a más de doscientas ciudades.

El concepto situacionista distintivo para tales —recurrentes— acontecimientos es *potlatch*. Mientras Marx comparaba la transformación del objeto de trabajo en mercancía con una transustanciación, los situacionistas se mostraron interesados en una especie de milagro inverso, por el cual la cosa perdía su condición de mercancía y se convertía en regalo. El objeto saqueado ya no es una mercancía. Pero la perversidad del gesto es que su apropiamiento no rompe el hechizo del intercambio y devuelve a las cosas su valor. Más bien, el saqueo toma el espectáculo al pie de la letra. En el espectáculo, lo que es bueno aparece y lo que aparece es bueno.³⁵⁷ El saqueador salta la brecha entre deseo y mercancía. El saqueador confunde los deseos con su necesidad, y la necesidad con sus deseos, pero liberar a la mercancía del intercambio no elimina el intercambio de la mercancía.

Los disturbios contienen también un movimiento bastante contrario: el incendio. El incendiario no es el mismo que el saqueador. La del incendiario es una relación negativa con lo que aparece, particularmente con el entorno construido. Las acciones del incendiario están marcadas por el rechazo a la forma espectacular. Constant: «Se retira del proceso laboral una enorme energía que no encuentra otra salida que la agresión provocada por la insatisfacción».³⁵⁸ En los disturbios, esa agresión se vuelve contra dos de sus fuentes: contra el tiempo de la forma mercantil; contra un espacio urbano alienante.

357. Guy Debord, *Society of the Spectacle*, Zone Books, Nueva York, 1994, C. 1, sección 17. Es un párrafo elegante, en el que Debord conecta a Marx con Sartre con admirable economía.

358. Wigley, p. 236.

Saqueo e incendio son acontecimientos recurrentes dentro de lo que René Viénet llama el «mundo sobredesarrollado». Son la marca del sobredesarrollo, de la expansión cuantitativa de la producción que sobrepasa la transformación cualitativa de la vida cotidiana, de los deseos que hacen girar sus ruedas, sin tracción en la elaboración de las necesidades. Las causas inmediatas pueden variar, y normalmente tienen que ver con la brutalidad policial y la indiferencia del estado. A lo que los situacionistas apuntan es a la consistencia y persistencia de lo que sigue, las encrucijadas gemelas de apoderarse de todo o quemarlo todo. A veces los disturbios toman una forma diferente y se dirigen a la rebelión, incluso a la revolución, o quizá aquellos que están en mitad de todo creen que lo es. Por eso Mayo del 68 ocupa un lugar especial no sólo en la teoría, sino también en la mitología de los situacionistas. Fue más que unos disturbios. Fue la legendaria *huelga general*.³⁵⁹

El relato situacionista de Mayo del 68, *Enragés y situacionistas en el movimiento de ocupación* (*Enragés et situationnistes dans le mouvement des occupations*, 1968) fue publicado bajo el nombre de René Viénet, aunque probablemente fue fruto de un esfuerzo colectivo. Hijo de un estibador de Le Havre, Viénet (n. 1944) entró en contacto con Debord en 1961 tras tener un amorío con la hermana de Michèle Bernstein. Cuando vino a París a estudiar chino, se unió a los situacionistas. En 1965 fue a China y fue testigo de los comienzos de la Revolución Cultural antes de ser expulsado en 1966. Como escribió Debord de él, proféticamente en cierto modo: «El pensamiento a menudo

359. Fue Georges Sorel (1847-1922), ese poco fiable compañero de viaje del movimiento sindical, quien propuso el papel central del mito de la huelga general: *From Georges Sorel: Essays in Socialism and Philosophy*, editado con una introducción de John L. Stanley, traducción de John y Charlotte Stanley, Oxford University Press, 1976.

falible de René —que resuelve los problemas con incisivo extremismo— se vuelve obviamente justo y oportuno cuando las condiciones reales son tales que se hace necesaria una visión verdaderamente incisiva». ³⁶⁰ Fue probablemente Viénet quien redactó algunos de los más sorprendentes entre los famosos grafitis de Mayo del 68, incluyendo: «Bajo los adoquines, la playa».

En la versión de Viénet, la causa inmediata de Mayo del 68 es la incitación en el campus de Nanterre por parte del Enragés (enfurecidos), un grupo que ya había entrado en contacto con la Internacional Situacionista. Viénet: «La agitación iniciada en Nanterre por cuatro o cinco revolucionarios, que más tarde constituirían el Enragés, iba a conducir en menos de cinco meses a la casi liquidación del estado». ³⁶¹ Es una afirmación hiperbólica, pero lo distintivo del librito de Viénet es que es un relato subjetivo de la historia, contemplada desde el punto de vista de un sujeto activo. Como las *Memorias* del cardenal de Retz —uno de sus modelos literarios— preserva y amplía el momento de la insurrección con una forma memorialística específica para él. ³⁶²

En aquel momento, Nanterre era un lugar desolado de los suburbios del oeste de París. Viénet: «El escenario era perfecto: el urbanismo de aislamiento había injertado un centro universitario entre los pisos altos y los barrios pobres adyacentes. Era un microcosmos de las condiciones generales de opresión, el espíritu de un mundo sin espíritu». Dominique Lecourt: «El tufillo a cordita flotaba sobre el desolado campus contiguo al poblado de chabolas, lejos de las élites de París». Lefebvre lo llamó «un lugar de

360. Debord a Vaneigem, febrero de 1966.

361. Viénet, *Enragés and Situationists*.

362. De Retz, *Mémoires*. Uno de los epigramas del *Enragés* de Viénet es de De Retz, p. 25.

perdición».³⁶³ Y demostró serlo: en 2002 Richard Durn abrió fuego con dos pistolas Glock al final de un pleno en el ayuntamiento y mató a ocho concejales. Durn: «Puesto que, por mi propia voluntad, me he convertido en una especie de muerto viviente, he decidido terminar con todo matando a una pequeña élite local que simboliza una ciudad que siempre he detestado y de la que ellos son los líderes que toman las decisiones».³⁶⁴

Bernard Stiegler hace de esta masacre sin sentido un emblema de lo que llama «pérdida de la *individuación*». Constituir el yo requiere pertenencia colectiva, y lo que el espectáculo erosiona es tanto lo colectivo como lo individual, o más bien la situación que junta a ambos. «Hoy estamos soportando un enorme sufrimiento por esa individuación».³⁶⁵ Las situaciones que aseguran la

363. *El escenario*, Viénet, *Enragés*, p. 21; *tufillo a cordita*, Dominique Lecourt, *Mediocracy: French Philosophy since 1968*, Verso, Londres, 2001, p. 22. Lecourt yuxtapone la «imagen de marca del althusserianismo» con el «libro de culto» de Debord al establecer el escenario para Mayo del 68 (pp. 17-22); *lugar de perdición*, Lefebvre, *The Explosion*, p. 104.

364. BBC News, 27 de marzo de 2002. Sobre los muertos vivientes, ver Evan Calder Williams, *Combined and Uneven Apocalypse*, Zero Books, Winchester, Reino Unido, 2011.

365. Bernard Stiegler, *Acting Out*, Stanford University Press, Stanford CA, 2008: *enorme sufrimiento*, p. 41; *repulsa del consumidor*, p. 60. Lejos de ser una sociedad individualista, el espectáculo desintegrador produce el rebaño: los «muertos vivientes» de Durn. Como los situacionistas, Stiegler concibe el deseo como una especie de horizonte ilimitado. Esta infinita cualidad del deseo es lo que empuja su frágil vehículo, el cuerpo y sus necesidades. Este deseo es irreal, pero fundamenta la posibilidad de individuación. El espectáculo subordina el tiempo libre en el que el deseo puede hallarse a sí mismo al tiempo sincrónico de la contemplación del mundo como un mundo de cosas. El espectáculo desactiva el deseo. Para Stiegler, su objetivo no es canalizar el deseo, sino más bien prevenir la *repulsa*. Sólo puede mantener a raya «la inminente desaceleración del consumo, provocada por la repulsa del consumidor». ¿Aparecería este callejón sin salida, no obstante, de no ser por la fracasada revolución de

individuación no están muy lejos del inventario situacionista de las formas de la praxis: *dérive*, *détournement*, regalo y finalmente *potlatch*. El espectáculo vuelve todo el tiempo homogéneo, *sincronizado*, en términos de Stiegler. El espectáculo no necesita que pensemos igual, vistamos igual o actuemos igual, sólo que actuemos dentro del mismo tiempo en relación con la misma forma, la forma mercantil, que sincroniza nuestras acciones. El triunfo del espectáculo borra lo que Stiegler llama lo *diacrónico*, o lo que Van Eyck llamaba «duración», y los situacionistas «juego». Cancela la conexión de acciones a través del tiempo. Mayo del 68 fue una crítica anticipada del empobrecimiento de la individuación.

De vuelta a 1968, ese puñado de agitadores de Nanterre fue llevado ante un comité disciplinario de la Universidad de París. Al tratar de disolver la reunión de apoyo en el patio, las autoridades indujeron al movimiento a la acción. Trabajadores y lumpen-proletarios se unieron, pintarrajeando eslóganes en los muros y levantando barricadas. Viénet: «La construcción de un sistema de barricadas que defendía sólidamente un barrio entero ya era un paso intolerable hacia la negación del estado». Las granadas de gas cloro barrieron las barricadas. Entretanto, los acontecimientos en la calle adquirieron su inevitable doble espectacular. Daniel Cohn-Bendit (n. 1945) se convirtió en el portavoz de la revuelta, un revolucionario honesto pero limitado, como lo caracterizarían los situacionistas. Era el único que podía hablar aceptablemente sobre lo inaceptable.³⁶⁶

1968? Quizá estaba condenada a fracasar. Quizá fue siempre imposible, un deseo dislocado de la necesidad. Pero sin la propia posibilidad de ese imposible, ved lo que nos queda: el Nanterre de Richard Durn, no el de los *enragés*.

366. *Negación del estado*, Viénet, *Enragés*, p. 32. Para su propio relato,